



www.loqueleo.com/co

Querido hijo: estamos en huelga

© Del texto: 2011, Jordi Sierra i Fabra

© De las ilustraciones: 2024, Catherine Mancuso

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil

2025, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-45-1

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Graphics Colombia S.A.S.

Primera edición en Colombia: octubre de 2012

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2015

Segunda edición: febrero de 2025

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Querido hijo: estamos en huelga

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Catherine Mancuso

EL PRIMER DÍA

En el momento de abrir los ojos, Felipe se quedó mirando el techo.

Había una mancha de humedad desde hacía algunas semanas. Cosas de vivir en el último piso. Lo curioso era que la mancha de humedad tenía forma de indio, con plumas y todo. Un inmenso penacho. La cara, de perfil, desde luego pertenecía a un gran jefe. Nariz grande y poderosa, de papa, labios enormes y ojos penetrantes. Él lo llamaba Águila Negra. "Águila" por las plumas y "Negra" porque la mancha era oscura, y en la penumbra de la habitación todavía más.

—¡Jao! —saludó a su compañero.

Águila Negra siguió tal cual.

Felipe se sentó y miró la hora en el reloj digital de su mesita de noche.

Las nueve y cuarenta.

¿Las nueve y cuarenta?

¡Las nueve y cuarenta!

No podía creerlo. Era tardísimo. ¿Por qué su madre no lo había despertado? Bueno, las clases habían terminado hacía tres días, pero ella, cuando mucho, a las nueve lo despertaba con sus sermones: que si se le pegaban las sábanas, que si luego se acostumbraría a dormir y en septiembre le costaría levantarse para ir a la escuela, que si dormía mucho perdía demasiadas horas del día, sobre todo las de la mañana que eran las mejores, que si se pondría gordo, que si...

Fue hacia la ventana, subió la persiana y se asomó al exterior.

Ah, un día precioso.

Todavía no era verano. Faltaban dos semanas para irse de vacaciones, pero el día desde luego invitaba a hacer de todo: salir a la calle, divertirse con los amigos, jugar un partido... Bueno, eso si su madre lo dejaba, porque después de ver sus calificaciones...

Cero en Mate.

Cero en Español.

Las dos a la vez, además.

La regañada que le dieron sus padres tres días antes fue de campeonato. Tremenda. De vuelta a los "que si": que si no lo aprovechaba, que si sería un burro, que si así no llegaría a ninguna parte, que si tendría que estudiar en verano, que si con lo inteligente que era no era lógico que reprobara, que si era un flojo y un vago, que si se distraía con el vuelo de una mosca, que si no ponía atención, que si...

—Mira, Felipe —le dijo su padre—, estudiar es importante; pero leer, todavía más. Yo no tuve tu suerte, no pude estudiar, pero leía todo lo que me encontraba, y gracias a eso soy lo que soy y estoy donde estoy.

—Mira, Felipe —le dijo su madre—. O cambias y te pones las pilas o un día te arrepentirás, porque ya no habrá vuelta atrás y serás un pobre sin cultura, que es lo peor que hay.

Bueno, faltaban tres meses para los exámenes de septiembre. No iba a ponerse a estudiar y leer ya, terminando las clases. Necesitaba un descanso.

Desconectarse.

Esa era la palabra. Los mayores la usaban mucho, ¿no? Pues él también.

A lo mejor por eso su madre no lo había levantado antes, para que se “desconectara”.

Tenía que bañarse, lavarse los dientes y vestirse. Cosas que siempre le daban flojera, pero más en vacaciones. Qué lata con bañarse. Y qué lata con lo de los dichosos dientes. Total, se le caerían a los setenta u ochenta años, como al abuelo Valerio. Si se los lavaba por la noche, ¿para qué volver a lavárselos por la mañana? ¡No los había usado, por lo tanto seguían limpios!

Mientras salía de la habitación, hizo memoria.

¡Había quedado con Ángel para ir a jugar fútbol en el parque!

Ese sí era un buen plan.

Así que fue a buscar a su madre, que como trabajaba de traductora en casa, no tenía un horario riguroso ni se pasaba el día en la calle.

LA GIMNASTA

Su madre estaba en la terraza haciendo...

—Mamá, ¿qué haces?

—Pues gimnasia.

Felipe abrió los ojos.

¿Gimnasia?

Su madre tenía cuarenta años, era alta, todo el mundo decía que muy guapa, ojos grandes, nariz perfecta, cabello largo y negro, buena figura. Su padre la adoraba. A veces la miraba y le decía a él:

—Tienes la madre más preciosa del mundo.

Se querían, claro.

Ahora su madre hacía gimnasia.

Allí, a mitad de la terraza, luciendo un ajustado top y unos shorts, a la vista de todo el mundo, porque había casas más altas que la suya. Se estiraba por aquí, se estiraba por allá, brazos, piernas, hacía

flexiones, inhalaba, soltaba el aire y así una y otra vez.

Agotador.

Y además tan inútil.

Él hacía lo mismo pero jugando fútbol, y así se divertía.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome como un tonto? —le soltó de pronto.

Felipe reaccionó.

Solía quedarse pensativo.

—¿Por qué haces gimnasia? —quiso saber.

—Para ponerme en forma, ya ves que luego te descuidas y pasa lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa?

—Pues que el día menos pensado se te empieza a colgar todo.

—¿Y a ti cuándo te dio por eso?

—Anoche. Me dije: Sonia, es el momento de cambiar. Y aquí estoy.

No paraba.

Hablaba y se movía. Estiraba las piernas, doblaba el cuerpo y tocaba el suelo con las palmas de las manos, hacía sentadillas, giraba sobre su cintura.

A su madre le pasaba algo.



Cuarenta años. Ya era mayor. La pobre.

—¿Eso que te ha dado tiene que ver con lo de la menopausia?

—Meno, no mono —lo corrigió—. Menopausia —luego lo miró de soslayo, frunció el ceño y preguntó—: ¿Dónde escuchaste esa palabra si no lees nada?

—En la escuela —pasó por alto su burla—. Alguien dijo que la Florencia nos reprobaba porque estaba monopúsica..., bueno, menopáusica.

—¡Qué tonterías! —se molestó ella—. ¡Y qué manera de faltarle al respeto! ¡Son tontos y encima le echan la culpa a los demás! —se molestó más y agregó—: ¡Y no, no estoy menopáusica! Eso les pasa a las mujeres mayores cuando dejan de menstruar. Les cambia el carácter un poco, solo eso. No pasa nada. Forma parte de la vida —el enojo llegó al máximo y gritó—: ¡No digas palabras que no entiendes! ¡Es insultante!

—Entonces, ¿estás bien?

—¡Pues claro que estoy bien! ¡Qué fastidio! ¡¿Quieres dejarme en paz?, me desconcentras!

—Está bien.

Pero no se movió de donde estaba.

Su madre puso cara de fastidio.

—¿Ya desayunaste?

—No.

—Pues hazlo.

Qué raro. No lo regañaba por haberse levantado tan tarde, o por no haberse bañado. Es más: no le había preparado el desayuno.

Rarísimo.

Desde luego, los adultos estaban locos. Era imposible entenderlos. Lo que un día era sagrado al otro dejaba de serlo. Se contradecían.

Iba a tener que hacerse el desayuno.

Qué lata.

Fue a la cocina, tomó un tazón, lo llenó de cereal; luego abrió el refrigerador y sacó la botella de leche. Casi la derrama cuando se le pasó la mano. No dejaba de pensar en su madre haciendo gimnasia.

Después de desayunar, sin haber guardado la leche en el refrigerador, dejó el tazón en el fregadero, pero ni siquiera abrió la llave para remojarlo y evitar que los restos del cereal se pegaran.

Se asomó a la terraza.

Su madre seguía igual.

Qué raro que no lo molestara.

Bueno, mejor.

Felipe fue a su habitación para vestirse; no se bañó ni se lavó los dientes. Con su madre ocupada, seguro que no se daría cuenta. Se puso sus pantalones de deporte y buscó su playera favorita, la de su equipo, para ir a jugar fútbol con ella.

Pero la playera no estaba allí.

PRIMERA ALARMA

Felipe regresó a la terraza muy enojado.

Se cruzó de brazos y así, con tono amenazador, dijo:

—Mamá, ¿y mi playera de fútbol?

—Ah, no lo sé —respondió ella dando saltitos con las rodillas muy levantadas mientras soltaba el aire con pequeños soplidos.

—¿Cómo que no sabes?

Su madre era la reina del orden. Aquella era una respuesta imposible.

—¿No está en tu cuarto?

—¡No, y la necesito hoy!

—Pues qué raro.

Ni se inmutaba. Seguía en lo suyo. Salto, estiramiento, pierna por aquí, pierna por allá...

Felipe abrió la boca.

Volvió a cerrarla.

¡Su madre no le hacía caso!

Rarísimo.

Apretó los puños y, como un toro furioso, se fue directo al cuarto de lavado. Una vez en él revolvió el cesto de la ropa sucia.

Lo que temía.

Su playera estaba allí, en el fondo, sucia, arrugada, manchada y oliendo horrible.

¡No iba a poder ponérsela!

¿Cómo pretendía ELLA que jugara fútbol con otra playera?

—¡Aaah...! —se enojó aún más.

Regresó a la terraza. Su madre se había sentado en el suelo. Trataba de tocarse la punta de los pies con los brazos extendidos. Estaba roja por la tensión y el esfuerzo.

—¡Mamá! —el grito casi la hizo saltar—. ¡Mi playera está sucia!

Ella lo miró. No movió ni un músculo.

Solo puso cara de sorpresa, pero no mucha.

—Ah, vaya —se encogió de hombros.

—¿Cómo que “¡ah, vaya!”? —Felipe no podía creerlo—. ¡Lleva dos días en el cesto!